parado los espíritus á recibirlo, y cuando solo aguardarán esta pieza, en cierto modo, para tomar un partido.

« No os mofeis por el estéril placer de mofaros y por hacer ver que teneis chispa y chiste, sino para hacer ver lo ridículo ó lo falso de un argumento. Y si vuestro adversario os lanza una personalidad, derribadlo entonces de un solo golpe.

« Domeñad vuestras pasiones para poder domeñar las agenas; no os amostazeis sino contra lo arbitrario; no demostreis amor mas que por la patria y libertad, y solo admiracion por el desinterés y virtud.

« Que teóricamente cundan tan lejos como es posible las consecuencias de vuestros principios, pero en la práctica ceñios á exigir lo que es posible.

« Por último pensad que vuestras leyes deben labrar la dicha ó la infelicidad de un pueblo, protegerlo ú oprimirlo, moralizarlo ó corromperlo. Hablad pues como si os escuchase; hablad como si os viese; que nunca se aparte de vuestros ojos su imágen santa y venerable. »

LIBRO II.

DE LOS DEMAS GÉNEROS DE ELOCUENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ELOCUENCIA DE LA PRENSA.

¿La Prensa es el primero ó el cuarto poder del estado? Cuestion controvertida.

Bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales, la Prensa no es siquiera un poder; pero considerada desde la altura de la verdadera realidad, la Prensa es el primero de los poderes.

En efecto aquel que habla siempre acaba por triunfar del que no siempre habla.

El que promueve la publicidad es, en definitivo, dueño del que la recibe.

Solo el poder que incesantemente obra, en otros términos, el Gobierno, puede luchar á armas iguales con el poder que incesantemente habla, esto es con la Prensa.

Así el Gobierno procura introducir cuantos empleados puede en la Cámara, y la Prensa todos los oponentes que le es posible.

De ahí procede ese perpétuo vaivén de la ola política, que empuja el pueblo, ora contra los excesos del órden, esto es, el despotismo, ora contra los excesos de la libertad ó la anarquía.

Si bien se examina, el poder ejecutivo y ambas Cámaras, de las cuales una se compone exclusivamente de funcionarios, y la otra casi enteramente, flanqueadas de la Prensa ministerial, apenas pueden defenderse contra los ataques de la Prensa de oposicion.

Y sin embargo hay quien pregunta si la Prensa es el cuarto poder del estado, y aun si es un poder; verdadera disputa de palabras.

Sí, la Prensa es un poder, pero este poder posee mas fuerza

colectiva que fuerza individual; en otros términos, hay, á lo menos en Francia, mayor número de buenos oradores que de buenos escritores.

Y no obstante no es orador el que á serlo aspira, mientras que todo el que quiere es escritor.

En efecto, no es orador parlamentario el que quiere, pues para esto se requiere pagar quinientos francos de contribucion, impuestos sobre una buena propiedad. Demóstenes y Ciceron, con un justillo agujereado en el codo, la sandalia en el pie y la bolsa vacía, podrian embriagar al pueblo con su elocuencia; pero si osasen presentarse en un colegio electoral para solicitar los sufragios, el presidente los expulsaria escaleras abajo, pues Demóstenes y Ciceron podrian no pagar el censo electoral requirido. Prohibido está á todo Francés el ser orador y servir á su pais en la tribuna, si no presenta previamente una carta de pago, debidamente legalizada, que conste que puede tener una vida ociosa y muelle. Tal es la ley, ¿no es verdad que tal ley es cosa estupenda?

A pesar de esto la Cámara de diputados cuenta nada menos de una docena de oradores. Admítase que se renueve integralmente la Cámara, con exclusion de los doce mencionados, y será fácil reclutar de todos los tribunales de la nacion, una segunda docena de oradores de fuerza igual. Enfin, supóngase que quede libre la entrada de la Cámara por la abolicion del censo de eligibilidad, y saldrán de todas las clases de la sociedad una tercera y cuarta docena de oradores.

Y hay que advertir que no incluimos en este número los oradores eventuales de veinte á treinta años, de esa edad dichosa en que despliega la imaginacion sus mas ricas facultades, en que el gesto tiene toda clase de gracias y la voz del hombre resuena con toda pompa. Así es muy considerable el número de los oradores franceses en el parlamento y fuera de este.

¿Sucede lo mismo con los grandes escritores políticos? Seguramente no; y no obstante no se exige para escribir como para hablar un censo de quinientos ni aun de doscientos francos. Todo el mundo puede manejar la pluma, mayor ó menor, rico ó pobre; enfermo, sordo y aun ciego, sin que vengan á inquirir lo que paga, lo que hace, lo que es; ni vense gendarmes forzar su domicilio, con el sable en la mano, y expulsarlo por causa de indignidad, como cuando se asieron de la persona de Manuel en las gradas de la tribuna; ni se le impone la violencia electoral ó parlamentaria de un juramento absurdo, ni tiene que ocultarse en esas fórmulas oratorias que disfrazan el pensamiento y despojan la palabra humana de su libertad y vivacidad de movimiento. Libros voluminosos, folletos ligeros, periódicos, revistas, folletines, puede emplear todas las formas y hablar todas las lenguas. Que sea breve ó largo, sencillo ó pomposo, grave ó festivo, poético ó lógico, vehemente ó templado, tieso ó flexible, acrimonioso ó afable, nadie le pide cuenta del capricho de sus colores, con tal que resalten á la vista y pinten la verdad.

¿Cual es la causa de la escasez de buenos escritores y la abundancia comparativa de buenos oradores?

La causa es que el arte de escribir es un arte muy grande, un arte que exige muchos trabajos y estudios, una paciencia invencible, una asiduidad maravillosa. Al mismo tiempo se necesita mucho mas valor para escribir que para hablar, pues la persecucion jurídica amenaza continuamente al escritor, mientras que el orador se abriga bajo su irresponsabilidad parlamentaria.

Que la palabra del orador se resienta de su provincia, que por el exceso de sencillez degenere en negligencia, ó por demasiado estudio raye en hinchazon; que carezca de precision, de nervio y gracia, defectos son estos que desaparecen en el calor y brillo del discurso. Pero si el auditorio es indulgente, severos son los lectores: aquel se deja cautivar por el encanto de una voz halagüeña y sonora, de una aptitud noble, de una fisonomía viva y animada; busca él mismo la ilusion, siente estremecerse sus nervios, se conmueve, se apasiona, se indigna, se enternece; sube á la escena, se introduce en el drama; se inclina ó se levanta segun el poder del orador; se pone á descubierto, desnudo en su presencia; se ofrece á sus golpes, se penetra de los dardos contra él disparados, y cuando el orador encuentra favorable su auditorio, puede producir grandes efectos con palabras casi desprovistas de sentido, pero bien dichas y habilmente dispuestas.

Pero hágase despues el análisis, lease á sangre fria esos discursos que tanto enagenaron, que produjeron tantos arranques de simpatía y gritos de admiracion, y no se encontrará ni órden, ni método, ni elegancia, ni correccion de lenguage, ni profundidad de pensar, ni vigor de razonamiento; y se figurará el lector que tal cosa no ha oido, que lo engañan, y que desfiguradas han sido las ideas y las frases. No, no cabe engaño, pues hay que oir y no leer los oradores. ¿Podrá acaso la taquigrafia, por fiel que pueda ser,

reproducir la sonoridad de la voz, el fuego de la mirada, la pasion, la accion, la aptitud, el gesto? Y sin embargo ahí está casi todo el orador.

Los oradores pueden solo vivir en la memoria, y el exámen los mata. Demóstenes y Ciceron elaboraron, con largo y laborioso trabajo, en un idioma de una riqueza incomparable, las arengas admirables que admiramos. Tales como las pronunciaron hubieran sido ininteligibles. ¿Quien compra, quien hojea siquiera los discursos tan ponderados del general Foy? ¿Y, desde la revolucion de Julio, existe por ventura un solo discurso de nuestros improvisadores que pueda sostener la prueba de la lectura?

Esto no impide que en nuestros tiempos los mas vanos de todos los hombres son los cómicos de la tribuna, mas vanos que los cómicos de profesion, mas vanos que los poetas.

Por otra parte todos los grandes manantiales se hallan desterrados actualmente de la elocuencia parlamentaria. No se permite hablar de la soberanía del pueblo, ni de igualdad política, ni de la libertad de la Prensa, ni de lo pesado de los impuestos, ni de la inmoralidad del poder, ni de lo arbitrario de los ministros; y reducidos están los oradores á parafrasear los textos mas vulgares, á dar mil vueltas y rodeos y á torcer la boca para no decir nada. Así no es de extrañar que haya tan poca verdad y tan poca sustancia en los discursos mas aplaudidos y ensalzados, y causa sorpresa, cuando se les despoja del prestigio de la acentuacion y de la recitacion, el no encontrar en ellos ni forma ni fondo: ni forma, porque la belleza y las gracias que animaban la voz y el gesto del orador, no pasan en el estilo; ni fondo, porque no hay, ni puede haber en todos esos discursos, ni grandes principios, ni grandes pensamientos. Vistos de cerca no son mas que la sombra vaga é indecisa, las proporciones diminutas, la osadía humillada de una columna que parecia subir á los cielos.

Otra diferencia entre la Prensa y la Tribuna.

Escúchase un orador con entusiasmo, y léese un escritor con reflexion; el primero tiene un efecto mas pronunciado en los sentidos exteriores y pasiones del auditorio, y el otro en el espíritu y razon de los lectores.

La voz humana de los oradores, por amplia y sonora que sea, no puede extenderse mas allá de un ámbito reducido; mientras que la voz intelectual de los escritores es tan rápida, que atraviesa instantáneamente los puentes y mares; tan penetrante, que perfora

las paredes de los palacios reales y se insinua por las rendijas de las cabañas.

Los coloristas de la Tribuna se ciñen á menudo á iluminar los dibujos de la Prensa, sin añadir nada á la pureza de los rasgos, á la invencion del objeto ni á la belleza de las formas.

La Tribuna posee mas movimiento, la Prensa mas ideas.

A la Tribuna caracteriza mayor autoridad obligatoria, á la Prensa mayor iniciativa fecundante.

Con un presupuesto votado para muchas legislaturas, códigos corrientes y leyes completas, se podria prescindir, de un modo absoluto, si bien no constitucional, de la tribuna durante muchos años; mas ni un solo dia se puede prescindir de la Prensa.

La accion de un discurso parlamentario estriba en la unidad de su plan y de su lenguage, mientras que la accion de la Prensa reside en la variedad de su tono y en la flexibilidad de sus formas.

El discurso parlamentario estalla por intervalos, semejante al torrente de las montañas que se hincha, salta, torbellina y se estrella espumoso contra el peñon de la ribera; pero el peñon permanece inmovil y la ola se deshace y desaparece.

La Prensa, hablando cuotidianamente, puede ser comparada á la gota de agua que cae de continuo y acaba por taladrar el mas duro y compacto granito.

¡Qué cosa tan portentosa es la Prensa! Tal sugeto parlamentario, representante de tal ó tal departamento, comisario del presupuesto, relator de una gran ley, trabaja todo el dia, pasa en vela la noche, y produce una exposicion sabia, concienzuda, inmensa, que no reproduce ningun periódico y que casi ningun diputado lee. Viene un escritor, y toma una nota, una nota ligera, la publica en un periódico, y he aquí la nota y su autor conocidos en toda la Francia. ¿Qué vienen á ser sin la Prensa, la Cámara, los trabajos legislativos y los oradores? La Prensa es la que saca esos diamantes del cofre, los pone á su dedo y brillan.

El orador y el escritor difieren aun por muchos otros puntos:

El orador tiene la fisonomía de su persona.

El escritor solo tiene la fisonomía de su estilo.

El orador compone los pliegues de su vestido como el trage talar de los Romanos.

El escritor deja ver sus músculos y nervios en el desnudo de su discurso.

El uno vive en el mundo de los ojos y orejas, el otro en el de las ideas.

Pero como es mas fácil tener ojos y orejas que ideas, es mas fácil tener una persona original que un estilo original.

Al tratarse del orador, se comentan sus ventajas y defectos corporales; mas no sucede así con el escritor.

Si Hortensio se hubiese presentado al público con una barba sucia y desaliñada y una verruga bajo el ojo, los Romanos hubieran soltado la carcajada; pero ¿qué importa que Ciceron tuviese el ceñidor flotante y un garbanzo en la nariz cuando componia sus libros?

La Tribuna es un teatro, la elocuencia un espectáculo, y el orador un cómico; cuando baja el telon, el público lo sigue y lo acompaña con aplausos; lo nombra en alta voz, lo rodea en las calles y plazas de la ciudad, y besa respetuosamente el extremo de su toga. En una palabra es un hombre de exposicion pública, que se amolda en yeso, se funde en bronce, y se coloca en los frontispicios de los templos y museos. Si fallece, se lleva su ataud en hombros al través de una doble fila de gentes y á la luz de mil antorchas; despues se esculpe su nombre en el marmol, y es preciso reconocer que las mas veces no queda del difunto mas recuerdo que este.

Pero ¿quien es ese hombre de frente calva, y algo encorvado, que atraviesa la multitud sin verla ni ser visto? Es Chateaubriand. ¿Quien es ese otro embozado en una capa negra, que pasa lento y que todo el mundo codea? Es Lamennais, que guiña del ojo, roza las paredes y extiende sus manos temiendo tropezar. ¡Dios mio! ¡Qué flacos y pequeños son ambos en la calle! Pero en sus obras tienen diez pies de estatura.

El arte de hablar y escribir no es como la retórica de nuestros padres, un arte sublime pero frívolo, sin mas objeto que el recreo de nobles inteligencias; este arte, en nuestros dias, se ha elevado á la altura de una mision social.

La civilizacion ha cambiado de corriente; la espada ha cesado de ser la soberana y única dominadora de los imperios; la elocuencia y la Prensa someten gradualmente todas las partes de Europa. Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por dominar al mundo.

CAPITULO II.

Continuacion del mismo asunto.

DIDÁCTICA DEL FOLLETO Y EJEMPLOS.

Escribir y hablar, formas son ambas de elocuencia, si bien diferentes entre sí, é idéntico es el fin aunque diversos los procederes.

Permíteme, querido lector, mecerme en los caprichos de mi fantasía y prodigar mis colores: voy á pintar el folleto.

¿Qué viene á ser el folleto? El folleto es un excelente camarada del libro y del periódico, cuando van ambos á la guerra.

El folleto es el arte de animar el pensamiento, de reflejarlo en prismas que emiten colores mil, de revestirlo de fuerza, de erizarlo de flechas y lanzarlo al combate.

No confundamos empero el folleto con el libelo.

El libelo ataca las personas, las muerde, las despedaza y degüella.

El folleto solo ataca á la vida pública del hombre público, y es ciego y sordo relativamente á la vida privada.

El libelo se ceba en el hombre, el folleto en el abuso.

El libelo pretende saciar su odio, el folleto aspira solo á hacer triunfar la verdad.

No negaré que, en ciertas ocasiones, el libelo, aguijoneado por una ira virtuosa contra los malvados é infames, no haya tenido excelentes efectos; pero lo cierto es que yo siempre he huido semejante arma, tal vez terrible en mis manos, por grande que haya sido mi enojo, ó la agresion de mi ataque, ó mi defensa personal; y si por desgracia, y contra mi deber, me ha sucedido lastimar á cualquiera de mis adversarios en su vida moral y privada, no titubeo en pedirle humildemente perdon.

Todo lo que honra la virtud, todo lo que mancilla el crímen, lo